

SUMARIO

Profetas. Una versión ardiente de la caridad DOLORES ALEIXANDRE	83-90
Entre la interpretación sacerdotal de la Iglesia preconciliar y la eclesiología del Vaticano II: dificultades para una reforma ISABEL CORPAS DE POSADA	91-99
Notas sobre la socioretórica y la ' <i>critical spatial theory</i> ' en el evangelio de Marcos HUGO GARIBAY RODRÍGUEZ.....	101-108
"La renovación en la jerarquía eclesial por sí misma no genera la transformación". Situar la colegialidad al interno de la sinodalidad RAFAEL LUCIANI.....	109-118
"Todos sois uno en Cristo": discipulado y bautismo M. ROSA RUIZ ARAGONESES	119-124
La Celebración Litúrgica: Experiencia del Misterio GUILLERMO ROSAS DÍAZ.....	125-130
¿La Iglesia está en crisis? ¡Ahora es el momento favorable! JEAN ROUET	131-137
La Biblia en las actividades pastorales MARÍA JOSÉ SCHULTZ M.	138-143
El papel transformador del perdón en las heridas abiertas por la exclusión social FERNANDO VIDAL FERNÁNDEZ.....	144-154
Cuando la Biblia relata el abuso de poder ANDRÉ WÉNIN	155-159

CUANDO LA BIBLIA RELATA EL ABUSO DE PODER

La Biblia nos ofrece una mirada realista sobre los seres humanos. A través de sus relatos, se ponen en evidencia mecanismos de abusos de poder, sean estos conscientes o no. En este artículo se ofrecen diversos ejemplos de personajes bíblicos que caen en la tentación de abusar de su poder, por más que puedan ser modélicos en otros aspectos.

“Quand la Bible raconte l’abus de pouvoir”, *Christus*, 265 (2020) 43-49

En lo que se refiere a ejercer control sobre otros, los seres humanos disponen de recursos tan variados como sutiles, cuya perversidad permanecerá enmascarada si su activación no se percibe, sobre todo si esta viene motivada por la convicción de estar obrando bien. Y puesto que la Biblia se construye también con una mirada realista sobre los seres humanos, veremos, especialmente en sus relatos, multitud de ejemplos de ese tipo de comportamientos. Son como invitaciones a una mirada lúcida de uno mismo y del entorno que nos rodea.

Gentes con poder

El rey Ajab posee un palacio de recreo cerca de la ciudad de Jezreel. Le apetece una viña vecina al palacio. Tantea a Nabot, el propietario, ofreciéndole un buen trato: le cambia la viña por otra

mejor o, si prefiere, se la compra al precio correspondiente. Nabot le recuerda que la ley prohíbe desprenderse de los bienes raíces. De Dios los recibió al heredarlos de sus padres, y él deberá igualmente legarlos a sus herederos. Aceptar la propuesta sería un sacrilegio.

Ajab, contrariado por la negativa, vuelve a palacio. Acostado, se niega a comer. Jezabel, su mujer, se interesa por las razones de su enfado. La reina es una mujer de pocos escrúpulos. Hija del rey de Sidón, adoradora de Baal, había hecho matar a los profetas de YHWH y había amenazado de muerte al profeta Elías (véase 1Re 16,31; 18,4; 19,2). Ajab le explica sus deseos y la negativa de Nabot. Jezabel le reprocha su falta de autoridad y le dice que ya se encargará ella del asunto (1Re 21,1-7).

A continuación, Jezabel envía una carta en nombre de Ajab a los ancianos y notables de Jezreel. Les ordena que organicen un juicio

amañado en el que Nabot será condenado a muerte por haber maldecido a Dios y al rey. Los ancianos y notables seguirán minuciosamente las inicuas instrucciones de la reina. Nabot será expulsado de la ciudad y apedreado hasta morir. Enterada Jezabel de que sus órdenes han sido ejecutadas, invita a Ajab a que tome posesión de la viña (1Re 21,8-16).

Esta historia es muy ilustrativa: Jezabel influye sobre las conciencias de los ancianos y notables abusando del poder que Ajab le ha dado, llegando incluso a utilizar el nombre y el sello del rey. Sin embargo, como sugiere el relato, los destinatarios reconocen claramente la mano de la reina. En realidad, la razón del abuso de poder de Jezabel descansa en el terror que inspira a los israelitas su crueldad. Nadie se atreve a correr riesgos resistiéndose a sus demandas. Así podemos ver que, si el proceder de Jezabel es evidente, el de Ajab, que sabe de lo que es capaz su mujer, no lo es tanto. Cuando solloza como un niño malcriado ante la negativa de Nabot, sabe que la reina no se quedará de brazos cruzados. Que ella tomará las riendas del asunto para saciar su propia sed de poder y para sentir el placer exquisito de mostrar a Ajab qué significa ser rey. En el fondo, Ajab está manipulando hábilmente a su mujer: la deja que viva el placer de sentirse poderosa mientras él satisface su codicia sin tener que violar la ley que protegía a Nabot.

Abusos religiosos

Cuando los ancianos se presentan ante Samuel para pedirle un rey para Israel, Samuel se siente injustamente rechazado. No es solo que le quieran reemplazar, también es que rechazan a sus hijos a los que él ha promocionado pero que abusan de su poder. El profeta se dirige a YHWH, que le hará notar que, en realidad, a quien rechazan es a Él, el único rey de Israel desde la Alianza del Sinaí. A pesar de ello, YHWH manda a Samuel satisfacer al pueblo y exponer el derecho que regirá la monarquía (véase Dt 17,14-20). Pero Samuel, que se siente un líder amenazado, presenta un retrato de rey depredador y esclavizador con el fin de disuadir al pueblo en su petición. El pueblo no cede y decide darse un rey pase lo que pase. YHWH encomienda a Samuel que satisfaga al pueblo dándole uno él mismo, pero el profeta envía a la gente a sus casas. Poco después, advierte a Samuel que un hombre joven, Saúl, pasará por la ciudad y deberá ungirlo para convertirlo en el rey que mantendrá al pueblo en la Alianza (1Sa 8,1-9,17). En el momento en que Saúl se acerca a la puerta de la ciudad y pregunta dónde habita el vidente que busca, Samuel le responde: “¡Yo soy el vidente!” Enseguida se impone a Saúl con autoridad y le dirá lo que va a suceder, pero sin hablarle de la unción. Subyuga al joven Saúl a la vez que lo pone en situaciones en las que será especialmente hon-

rado. Pero no será hasta el día siguiente, a la hora de marchar, cuando lo ungirá. Samuel le hará sentir de nuevo su autoridad: le hace entender que, aunque sea el rey, seguirá estando sometido a él, y le anuncia lo que le sucederá en el camino.

Tras partir Saúl, YHWH hará que sucedan las cosas tal cual el profeta había anunciado. Así confirma la autoridad de este y propicia que el rey mantenga a su pueblo en la Alianza, de la cual depende tanto su supervivencia como su bienestar (1 Sa 9,18-10,16). El problema es que Samuel va a abusar de su autoridad. Al convocar al pueblo para elegir rey, hace como que no conoce al elegido, al que designará como tal antes de presentarlo como elegido por YHWH. Incluso más tarde, cuando Saúl muestra veleidades de independencia tras un éxito militar, Samuel reúne de nuevo al pueblo ante el que hace un amago de retirarse. De nuevo demuestra su poder invocando el apoyo de YHWH, quien no puede sino responderle, so pena de desautorizar a quien acaba de recordar una vez más las exigencias de la Alianza (1 Sa 10,17-12,25). Así pues, en su deseo de mantener el poder, el viejo líder hasta obliga a YHWH a demostrar que está de su parte. Hará lo mismo con Saúl, condicionando su reinado hasta que YHWH le asigne un final, a lo que Samuel se opondrá en vano.

Los inicios de Samuel habían sido admirables. ¿Cómo no acor-

darse de la escena de su vocación? Pero el poder lo contamina como un virus: sacará provecho de la debilidad de un rey y de la ingenuidad de un pueblo, incluso forzará la manifestación de YHWH para salvaguardar la Alianza. Pero no hay en Samuel rastros de la maldad de Ajab o del cinismo de Jezabel. Él cree que las cosas se degradarán si no las controla. A imagen de aquellos viejos líderes o sacerdotes que se aferran a su “misión”, pero también a su poder.

Abusos entre parientes

Las relaciones entre hombre y mujer, así como los vínculos familiares, son el primer campo de observación que se ofrece desde los inicios del Génesis. Cuando, para referirse a su hijo Caín, Eva exclama “He adquirido un varón [*’îsh*] con YHWH” (Gn 4,1), está manifestando su admiración y su alegría ante el recién nacido. Pero, atención, un discurso raramente es unívoco. También, aunque no sea consciente, revela algo del que habla. Ciertamente, Eva está feliz. Pero ¿por qué? ¿Qué revelan sus palabras? ¿Acaso no está enfatizando una toma de posesión? Esto es, ¿el hijo como culminación de un deseo, el derrocamiento del padre, la sustitución del compañero (*’îsh*)? ¿Acaso no está imponiendo Eva su dominio sobre Caín con un vínculo de tipo incestuoso? Un vínculo que, cuando Caín se enfrenta a su falta, no logrará desa-

tar, considerando que su felicidad consiste en no tener rival... Sin embargo, cuando Eva actúa así con "su hombre"-hijo ¿no está reaccionando al dominio que "su hombre"-compañero mostró cuando, en una primera expresión de admiración, afirmó "esta es, ciertamente, hueso de mis huesos y carne de mi carne... de *îsh* ha sido tomada" (Gn 2,23)?

La alegría de Adán no se debe tanto al hecho de acoger a una interlocutora, a una posible aliada (pues no se dirige a ella), sino al hecho de recuperar aquella parte de él mismo que, según él, le había sido arrebatada (en realidad, cada uno de ellos es un lado de un *âdâm* indiferenciado, partido en dos por YHWH). Vemos que la admiración consciente puede ocultar a quien la experimenta su verdadera naturaleza y sus resortes ocultos. Uno puede ocultarse a sí mismo el hecho de tener control sobre los demás, lo que tiene no pocas consecuencias. ¡Preguntadle, pues, a Caín!

El dominio sobre otros en el ámbito familiar no siempre aparece tan enmascarado, pero en el momento en que deviene consciente en quien lo ejerce, adopta con frecuencia formas astutas, de tal manera que ciega a la víctima. Pensemos en Labán, el tío y suegro de Jacob. Cuando este llega a casa de Labán, huyendo del engañado Esaú, es acogido fraternalmente. Un mes más tarde, Labán propone a Jacob que fije su salario. Jacob, enamorado de Raquel, la pide co-

mo esposa a cambio de siete años de trabajo para Labán. Este da a entender que acepta el trato: "es mejor que te la dé a ti que a otro hombre". Pero no especifica cuándo se la dará. Conocemos cómo sigue la historia: transcurridos siete años, en la noche de bodas, Labán introduce subrepticamente a Lía, la hija mayor, en la tienda de Jacob. Este no descubre el engaño hasta la mañana siguiente. Labán se justificará en la costumbre local de casar primero a la hija mayor. Mantendrá la palabra, le entregará también a Raquel, pero a cambio de siete años más de trabajo. (Gn 29,15-30)

Pasado este tiempo, Jacob pagará con la misma moneda a su suegro. Con gran astucia consigue enriquecerse a costa de Labán. Los hijos de este están celosos del enriquecimiento de Jacob, y el mismo Labán no lo mira ya como antes. Jacob lo advierte. Entonces YHWH le ordena que retorne a Canaán (Gn 30,25-31,3). Jacob convoca a Raquel y Lía lejos de oídos indiscretos. Les dirige un largo discurso en el que manipula la realidad hasta el punto de persuadirlos para que se liberen de su padre. Así, empaña la imagen de este a quien presenta como malvado y deshonesto. Al mismo tiempo proclama la protección que su Dios no cesa de otorgarle, hasta el punto de entregarle el ganado de Labán en compensación por los prejuicios recibidos. Es este mismo Dios, concluye Jacob, quien ahora le ordena que regrese a su país. La

reacción de Raquel y Lía no se hace esperar: despreciando a su padre, deciden seguir a su marido. (Gn 31,4-8)

En la boda, Labán abusa claramente de su posición dominante, y la puesta en acción de su influencia está perfectamente controlada. Da la impresión de que Labán busca no tanto perjudicar a su sobrino, de cuya ignorancia abusa, como asegurarse los servicios gratuitos de un pastor excepcional. En pocas palabras, él solo busca un bien: el suyo y solo el suyo - ¡de nuevo la codicia! Jacob, por el contrario, no está en posición de fuerza frente a sus esposas, pues en ese caso usaría de su poder para coaccionarlas. Sin embargo, ejerce un claro dominio sobre sus conciencias. Forzará su decisión por medio de una retórica manipuladora que aspira a conducir las, sin que se den cuenta, a tomar la decisión que Jacob desea. Como Labán, Jacob aspira a un bien: el suyo, pero también, o al menos así lo

cree él, al bien de Raquel, de Lía y de sus hijos.

Nos demos cuenta o no, desde el momento en que dos seres humanos mantienen una relación, está en juego el poder y se da la posibilidad de abusar, voluntaria o involuntariamente, consciente o inconscientemente. Cuando se ignora esto, el dominio toma con facilidad apariencia de amor, de deseo del bien del otro, de necesidad. Conscientemente se utiliza la fuerza, es cierto, pero también juega su papel la manipulación, la astucia, la mentira. Sea como fuere, el abuso de poder se aprovecha de las debilidades del otro, de sus miedos, de sus deseos, de su ignorancia o su ingenuidad, de los intereses que desea proteger... Se ejerza de modo burdo o sutilmente, a plena luz o sin que nadie lo perciba, siempre nos conduce al mismo lugar: a la negación del otro en cuanto sujeto.

Tradujo y condensó: Vicente Ortín